

Carlos Dore Cabral es sociólogo, secretario de Estado, director general de Información, Análisis y Programación Estratégica de la Presidencia de la República Dominicana, director de Investigaciones de Funglobe y director de la revista *Global*. Es autor de varios libros, entre los que destacan *Urban Caribbean: Transition to the New Global Economy*, *Problemas sociológicos de fin de siglo* y *La nueva inmigración haitiana*. Ha publicado múltiples artículos en revistas especializadas de la República Dominicana, América Latina y Europa.

Marcio Veloz Maggiolo es escritor polifacético y brillante. Ha hecho incursiones en la poesía, el cuento corto, la novela, el teatro, el periodismo, el magisterio. Fue embajador en México durante el gobierno de Juan Bosch y posteriormente en Roma. Es fundador y primer director del Departamento de Extensión Cultural de la Universidad Autónoma de Santo Domingo y profesor de este centro. En 1996 fue galardonado con el Premio Nacional de Literatura por el conjunto de su obra, entre la que destacan las novelas *La biografía difusa de Sombra Castañeda*, *El hombre del acordeón* y *La mosca soldado*. Sus últimas novelas han sido publicadas en España, en la Editorial Siruela.

# Diálogo de la Lengua

Mano a mano entre el sociólogo y secretario de Estado Carlos Dore Cabral y el escritor Marcio Veloz Maggiolo, sobre República Dominicana, su tradición y su cultura

CARIDAD PLAZA

*Periodista.*

La conversación tuvo lugar en Santo Domingo, en la sede de la Fundación Global y, sin un orden preestablecido, fueron apareciendo espontáneamente los temas más relevantes de República Dominicana: su dimensión cultural; el aislamiento, por un lado, y la hibridación, por otro; la cuestión haitiana; la influencia de Estados Unidos, y un fenómeno muy peculiar: la condición de intelectuales de algunos de sus dirigentes, como Juan Bosch, Balaguer y el actual presidente Leonel Fernández.

MARCIO VELOZ MAGGIOLO.—En América Latina no es extraño encontrar intelectuales dedicados a la política. En Venezuela, Rómulo Gallegos, un importante novelista, fue presidente de la República y hay toda una tradición de intelectuales que formaron parte del cuerpo diplomático. Creo yo que se debe a que en sociedades semianalfabetas, el intelectual tenía una gran dimensión. Era una especie de representante de la conciencia popular y había una predisposición a utilizarlo. Por ejemplo, en República Domini-

ca, Manuel de Jesús Galván, el autor de *Enriquillo*, fue ministro de Asuntos Exteriores y Tulio Manuel Cestero, autor de la excelente novela *La sangre* y nuestro primer autor modernista, en la prosa, fue político y diplomático. La tendencia a que los intelectuales estuvieran cerca del poder ha sido muy importante en nuestro país.



Marcio Veloz: «En América Latina no es extraño encontrar intelectuales dedicados a la política»

CARLOS DORE.—Y hablando del caso específico de Juan Bosch y Joaquín Balaguer, efectivamente, cuando ellos empezaron a formarse como políticos, la intelectualidad, como dice Marcio, jugaba un papel importante. Era un momento en el que el positivismo tenía mucha fuerza y había arraigado la idea de que América Latina y, por supuesto, República Dominicana, necesitaba una sociedad ordenada, organizada. Incluso se hablaba de una mano fuerte que condujera a la Nación. Eso estaba muy vigente, a principios del siglo XX, cuando Bosch y Balaguer se iniciaron en la política. Y, en el caso de Bosch, es más claro porque en él había una especie de guerra, de pleito, entre su vocación de intelectual y su vocación política. Él se formó primero como intelectual, como literato, como cuentista y llegó a ser muy importante en los años 30, antes de salir del país. Durante la dictadura de Trujillo, comenzó a jugar un papel político abierto y, paradójicamente, cuando decidió volver e integrarse definitivamente a la política, dejó de ser literato.

M. V. M.—En efecto. Escribió un último cuento, que le pidió el pianista y escritor Manuel Rueda y no volvió a la literatura. Pero Bosch fue un político y un intelectual muy diferente a Balaguer. A los 16 años ya estaba en las barricadas y fue uno de los personajes básicos de la primera campaña de Trujillo. Decía el periódico *El País* que era un orador estilo Castelar: ampuloso, con mucho conocimiento de la cultura hispánica —era un gran hispanista y tiene un libro muy importante sobre la métrica castellana—. Era un creador, un maestro del cuento —el maestro de García Márquez, según ha reconocido el escritor colombiano— a la altura de Horacio

Quiroga y de los grandes cuentistas de América.

CARIDAD PLAZA.—¿Qué aportaron uno y otro a la cultura dominicana?

M. V. M.—La obra de Bosch es más densa, más coherente. Balaguer es un escritor con muchas fallas. Es un poeta execrable, con perdón de la palabra, y no fue un literato. Fue un biógrafo, un conocedor de la crónica, de la literatura clásica. Se metió en la antropología, aunque con pocos aciertos. Es un escritor con una visión retardataria de la cultura, de derechas, en la mayoría de los casos racista. Mientras que Bosch es un hombre de avanzada, primero de izquierda moderada y luego, tras el golpe, con posiciones más radicales. Yo creo que, además, Bosch es un ideólogo, un hombre que creó el primer texto sobre las clases dominicanas, en el que refleja cómo era la sociedad. Pero también escribió *El Pentagonismo, fase superior del capitalismo*, que es un libro contra la intervención norteamericana. Es un teórico, que escribió sobre Bolívar y la guerra venezolana. Bosch, para mí, es una figura relevante y Balaguer no lo es.

C. D.—Para establecer esa diferencia entre Bosch y Balaguer, diríamos que Balaguer se empina sobre la política, se sirve de ella, para hacer que su obra literaria se conozca, mientras que Bosch se empina sólo sobre su obra literaria, prácticamente terminada cuando volvió al país, y la que inició posteriormente estuvo dedicada a la Sociología y a la Historia. Escribió también un gran libro sobre el Caribe, paralelo al de Eric Williams y todas sus obras tienen ese importante fondo social. Cuando uno lee algunos de sus cuentos, so-

bre el campesinado o sobre la condición de la mujer se queda asombrado. En un país, con una sociedad completamente pre-madura, esos cuentos pueden compararse con los de los mejores escritores.

C. P.—Se puede afirmar que uno era sólo un erudito y el otro, además, era un genio.

M. V. M.—Se puede hacer esa interpretación porque Bosch, además de un genio, era un hombre muy culto, no con una cultura académica, sino adquirida por ósmosis, porque era un gran lector y un hombre con una visión clara de la sociedad. Son figuras muy diferentes, aunque tengan cierto paralelismo.

C. D.—Balaguer era un erudito, sin duda, pero las cosas que hizo al final niegan su condición de tal. Por ejemplo, hizo un trabajo que tituló *la Isla al revés*, y que trata de las relaciones dominico-haitianas, que es una reedición del que había escrito en los años 40, y no se tomó ni siquiera la molestia de actualizar la bibliografía. Es un libro escrito en la década de los 80, con una bibliografía de finales del siglo XIX y principios del XX.

M. V. M.—No se puso al día y tiene un libro que se llama *La raza inglesa* que es un disparate. No hay raza inglesa, las razas no tienen nacionalidad. Y cuando habla de los haitianos, de los negros, habla de razas inferiores y superiores y dice que el pueblo de Baní, que fue fundado por canarios blancos, es al que hay que imitar porque allí está *la fleur* de la racialidad... Cuando pones en una balanza la obra de Balaguer te das cuenta de que hay mucha basura. Bosch, sin embargo,



Carlos Dore: «Balaguer se sirve de la política para que su obra literaria se conozca y Juan Bosch tiene su obra literaria prácticamente terminada cuando se dedica a la política»

es un escritor moderno, al día, que piensa y analiza los problemas cotidianos.

C. D.—Bosch fue muy tocado por Eugenio María de Hostos, un escritor puertorriqueño que vivió mucho tiempo en República Dominicana y que fue el que difundió el positivismo en nuestro país. Fue alumno de

profesores que habían sido educados por Hostos y, cuando salió del país, dirigió una edición de la obra de este escritor en Cuba. Bosch siempre decía que había jugado un gran papel cultural en República Dominicana porque había sido como llevar un Buick moderno a un país que todavía se trasladaba en carro. Hostos llegó a una sociedad premoderna con un pensamiento moderno muy importante y Juan Bosch, cuando llegó en los 60, jugó el mismo papel que había jugado Hostos. Trajo un pensamiento nuevo a una sociedad dividida entre trujillistas y antitrujillistas y fue el primero que empezó a hablar de clases sociales utilizando términos muy sencillos y muy entendibles por los dominicanos: machepas, que eran los pobres, y tutumpotes, que eran los ricos, y eso hizo comprender a muchos jóvenes, entre los que nos encontrábamos, que lo que se debatía en el país no era si eras trujillista o no, sino quién poseía la riqueza y quiénes no tenían nada.

M. V. M.—Bosch se convirtió en un maestro de escuela y nosotros prendíamos la radio —estoy hablando del año 61— para oírle y aprender, tras 30 años de oscurantismo. Hablaba en términos simples, sabiendo que se dirigía a analfabetos, a campesinos que tenían que entenderle. No hablaba como un teórico y ése fue su éxito. Como dice Carlos, utilizaba el término hijo de machepa, porque una machepa aquí es una persona a la que nadie conoce. Y el vocablo tutumpote lo usan los dominicanos para definir a alguien que tiene mucho poder, que tiene dinero. Viene del latín viejo y se quedó entre el pueblo. La literatura de Bosch también es así y en su novela *La mañosa* utiliza ese mismo vocabula-

rio, una prosa un poco costumbrista, que hace que la gente aprenda y lo interiorice.

C. D.—Él cambio la tónica y con ella el auditorio. Los políticos ampulosos, al uso, se dirigían a un auditorio muy reducido, a personas educadas que podían entenderles. Él, sin embargo, se dirigió a todo el pueblo y su gran aporte fue el de educador popular. Cuando ustedes, los extranjeros, preguntan por qué a los dominicanos les gusta tanto la política y hablan tanto de política, yo creo que la respuesta hay que encontrarla en Juan Bosch.

M. V. M.—Y eso es positivo. El que está interesado en la política está interesado en sí mismo y en los demás. En esta país hay unas confrontaciones terribles, y es natural y ¡ojalá! continúe así, porque si nos callamos la boca, volvemos al pasado.

C. D.—Esto ha sido muy importante para el mantenimiento de la democracia en República Dominicana. El hecho de que los dominicanos, como dice Marcio, siempre estén dispuestos a defender sus puntos de vista es, en parte, porque Bosch se propuso conscientemente que fuera así.

C. P.—¿Hay una manera de ser caribeño y por tanto una cultura caribeña?

M. V. M.—Es una pregunta difícil. El Caribe es una conformación colonial: España, África, los grupos indígenas —que estaban hibridados ya desde hacía 4.000 años antes de Cristo—, los daneses, los franceses, los holandeses y todo marcado por un fenómeno que es el de la esclavitud. La esclavitud es el lugar común en el que se manifiesta el

mestizaje. Nosotros somos mestizos. Decía un poeta que todos tenemos el negro tras de la oreja y no es verdad, tenemos el blanco tras de la oreja. Es una sociedad mestiza y, por tanto, conformada por muchos valores: los valores de la presión colonial, que se impusieron, y los valores de la defensa, la pervivencia de unos valores locales, la respuesta de la gente. Yo creo que las migraciones fueron el factor fundamental de lo que llamamos el Caribe, en donde se habla inglés, francés, español y seis lenguas criollas y en donde la unidad viene dada por la historia, más que por la cultura. Tenemos cosas en común, pero el hombre caribeño de las costas colombianas es diferente al de Jamaica. Incluso pueblos con historia parecida, como Jamaica y Trinidad Tobago, tienen grandes diferencias. Yo creo que lo que caracteriza al

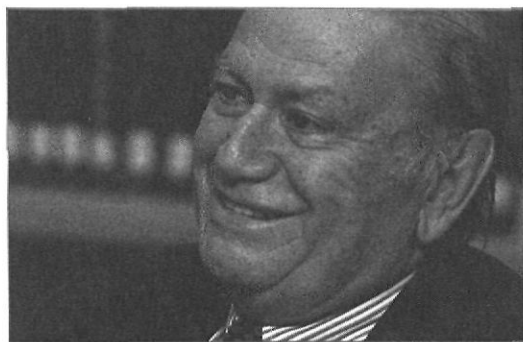
Caribe es el gran mestizaje y, desde luego, la hibridación.

C. D.—Lo que dice Marcio se puede ver mejor diferenciándolo del entorno en el que nos encontramos y al cual estamos socialmente adheridos, que es América Latina. El Caribe es una conformación que se diferencia de América Latina porque el colonialismo no se dio de igual manera. Prácticamente en todas las islas, los nativos, los aborígenes, desaparecieron y no fueron una parte importante de la cultura del área del Caribe ni de su historia. Sin embargo, en otros lugares de América Latina, la situación es diferente. Los aborígenes son un parte central y los negros, los esclavos, no jugaron un papel clave.

M. V. M.—La esclavitud del negro en la llamada América Latina se dio en las zonas costeras y en los llanos. No llegó a la zona andina y, hoy en día, en Perú la mitad de la población habla todavía quechua y aimará.

C. P.—¿Son diferentes los países latinoamericanos que tienen un fuerte componente indio de los que lo tienen negro?

M. V. M.—Sí y lo son también sus manifestaciones musicales. En el Caribe lo fundamental es el tambor, el ritmo, la percusión y eso es africano. Y la hibridación. ¿Qué es el bolero o el merengue? Un híbrido, en el que entra el tambor africano, la güira, el acordeón, que es alemán, y la guitarra española. Esa mezcla se da en la zona costera. En la zona andina todavía se bailan ritmos muy indígenas, donde no hay movimiento de cintura. El llamado «bacunao» es totalmente africano. El ritmo africano está en la cintura, en las nal-



Marcio Veloz: «La esclavitud es el lugar común en el que se manifiesta el mestizaje, y las migraciones fueron el factor fundamental de lo que llamamos Caribe»

gas de la mujer y ése es el mundo antillano, caribeño, el de la costa colombiana desde la Guyana hasta Belice, y el de Brasil.

C. D.—Lo fundamental es la variedad de las dos procedencias básicas, que son Europa y África, y la transformación que se produce al unirse. Pero, además, en el curso de la historia hay otra influencia importante, la de Estados Unidos, que, por la proximidad, ha entrado con mucha violencia y ha ido imponiendo su modelo y sus valores. El Caribe es una zona abierta, muy expuesta, y nuestras migraciones son mayoritariamente a Estados Unidos. Enfatizando lo que dice Mario: el Caribe es la gran mixtura.

M. V. M.—La guerra hispanoamericana (en Cuba, Filipinas y Puerto Rico) fue un factor importante en el dominio norteamericano. En Cuba no duró tanto, pero se quedó en Puerto Rico, y en Filipinas ni siquiera se habla ya el tagalo, sino el inglés. Ha sido un golpeo muy fuerte, sobre todo para el idioma, y ahora es mucho más por la presencia de internet y de los 200 ó 300 canales de televisión. Y nosotros estamos incapacitados para bloquear esa fuerte influencia porque es muy difícil contrarrestar la globalización, el video-poder. En mi opinión, la única manera de enfrentar este fenómeno es incrementando los factores de nacionalidad, de identidad. Y eso tiene que ser un proyecto casi personal.

C. D.—Hay que entender la nacionalidad de forma moderna, no tradicional, y ampliar la concepción de lo que es ser dominicano para que no sea sólo el que habla español y ni siquiera el que vive en nuestros límites territoriales. Es también dominicano el de la diás-

pora y eso conformaría una nacionalidad, a mi modo de ver, no más débil, sino más fuerte, más amplia, con mayores recursos, con más posibilidades. En Estados Unidos hay dominicanos que forman parte de gobiernos locales y siguen siendo dominicanos. Nuestra sociedad es una sociedad transnacional, que existe más allá de nuestras fronteras.

M. V. M.—Es necesario fomentar la identidad dominicana en Estados Unidos, por razones políticas y culturales, pero también económicas, por la importancia de las remesas en la economía dominicana. Si se pierde la identidad, si no se consigue que el nieto mantenga una sensibilidad dominicana, las remesas se disolverán. Por eso hay que crear un ámbito de recuperación de lo dominicano. En Nueva York, por ejemplo, la gente come mondongo, yuca sancochada, se oye merengue en las calles. La identidad dominicana es fuerte. El dominicano transformó Manhattan. Todas las bodegas son dominicanas y se juega la bolita de aquí, la lotería de aquí, se siguen las noticias de República Dominicana... La relación es muy fuerte y hay que mantenerla y consolidarla.

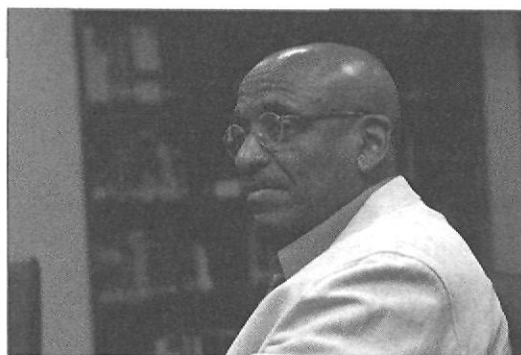
C. D.—Voy tratar de explicar la presencia dominicana en Estados Unidos desde el punto de vista sociológico. Los dominicanos son el grupo de emigrantes más importante de Nueva York y de Nueva Jersey. Hay un millón de dominicanos y, además, están concentrados en un barrio de Manhattan, el Washington High, que fue un barrio judío y en el que hoy los dominicanos son más del 70 por ciento. Las remesas son, dependiendo de los años, el primero, el segundo o el tercero de los recursos de divisas de Repú-

blica Dominicana. Nunca han dejado de estar en el tercer lugar. De ahí la importancia de la identidad de la que habla Marcio. En la medida en que esa identidad se refuerce y pueda transmitirse a los descendientes, seguirá existiendo ese elemento tan importante para la economía dominicana. Si ellos se sienten dominicanos, seguirán enviando recursos.

M. V. M.—Y tenemos que conseguir que sigan viajando a su país de origen. Cuando uno se va, al principio se acuerda mucho de los suyos y los ayuda, pero si no vuelve al país y sus hijos sólo tienen referencias norteamericanas, empezarán a preocuparse cada vez menos de los que dejaron acá. El envío de divisas, como diría un químico, es muy termolábil, y puede morirse en cualquier momento.

C. P.—El hecho de que estén concentrados en un barrio, ¿favorece que se mantengan las costumbres?

C. D.—Eso ha sido muy importante para el mantenimiento de la comunidad y para que, en todos los sentidos, se desenvuelven como dominicanos. Y para que tú veas. Los dominicanos que se iban a Estados Unidos eran rechazados, eran considerados traidores a su patria porque abandonaban el país. Al principio eran personas de muy bajo nivel, en términos sociales, y se les calificaba peyorativamente, se les decía dominicanos ausentes o «dominicanYork». Cuando algunos regresaban al país o enviaban a sus hijos, se les rechazaba y tenían muchos problemas en las escuelas, en los barrios. Pero esa situación, afortunadamente, ha cambiado y en estos momentos a los dominicanos de fuera se les valora po-



Carlos Dore: «Las remesas son, dependiendo de los años, el primero, el segundo o el tercero de los recursos de divisas de República Dominicana»

sitivamente, social y políticamente, y no solamente por las divisas, sino porque vienen con mayores conocimientos de la técnica, con mayor preparación para trabajar. Muchos de ellos siguen manteniendo relaciones con Estados Unidos y, lo más importante, siguen participando activamente, no sólo en la política norteamericana, sino también en la de la República Dominicana.

M. V. M.—Hay universidades con un alto porcentaje de dominicanos y eso es un factor importante. Antes primaba el criterio patriótico: el que cambiaba de nacionalidad era un traidor. Ahora las leyes dominicanas aceptan la doble nacionalidad y la sociedad considera que los de allá son también dominicanos. Hubo un congreso en Nueva York, en los años 80, al que asistí, en el que se discutió si el tipo que cambiaba de nacionalidad podía



considerarse un apátrida. Y, al final, se ha logrado la doble nacionalidad, que ha sido muy beneficiosa para los que viven allí porque han podido insertarse en Estados Unidos, actuar en política y, en definitiva, abandonar el gueto.

C. D.—Por eso hubo una modificación constitucional a este propósito. Pero fueron ellos los que lo lograron y también lograron que se estableciera el voto para los que viven fuera, para poder así participar en la política dominicana.

M. V. M.—Eso ha sido muy importante porque también ha contribuido a consolidar la nacionalidad.

C. P.—¿Hay una literatura caribeña?

M. V. M.—Tal vez sí, pero se refleja de diferentes formas. Hay autores, como Patrick Chamoiseau o Rafaël Confiand, que creen en la creolité, en la criollidad, y plantean la necesidad de una lengua criolla. Nosotros no tenemos la lengua creol. Estamos directamente ligados a España. Pero hay una manera de decir las cosas, que tal vez sea caribeña. Dice García Márquez en *El general y su laberinto* que el Caribe es el centro de gravedad de lo increíble.

C. P.—Y, volviendo a la diáspora. ¿Hay alguna diferencia entre los dominicanos que escriben en Estados Unidos y los que escriben aquí?

M. V. M.—Son dominicanos los que escriben aquí, en español, y los que escriben en Estados Unidos, que pueden hacerlo en inglés o en español. La lengua ha sido tradicional-

mente uno de los elementos de unificación de una nación, pero, en este caso, se ha producido el fenómeno del dominicano que escribe en inglés. Y quizá haya también alguna diferencia, en cuanto a los temas. Julia Álvarez o José Acosta —que acaba de ganar aquí el premio de cuentos— hablan, sobre todo, de la vida de los dominicanos en los callejones de las ciudades de Estados Unidos. Pero siguen la tradición del cuento, que aquí, en República Dominicana, es mayor que el de la novela.

C. D.—Y fue precisamente Marcio Veloz Maggiolo uno de los que rompió con esa tradición. Tú eres uno de nuestros mejores novelistas y de los primeros que decidiste hacer novela, siendo todavía un muchacho.

M. V. M.—Yo escribo novelas desde los primeros 60 y hay algunos elementos que influyeron en ello. Primero porque me gustaba hacer algo novedoso, desde el punto de vista de la creatividad. La literatura dominicana, que yo estudié, era una literatura anecdótica porque en el país había temor a abordar temas universales. En el año 1960, tal vez porque había leído mucha novela bíblica —mi madre era evangélica y mi padre librepensador—, se me ocurrió escribir un relato largo, que salió novela, titulado *El buen ladrón*. Comencé a trabajar y se me transformó en novela. Y entonces pensé que podía seguir haciéndolo. Yo tenía vocación de escritor e intenté romper con las viejas tradiciones de la novela dominicana, con el realismo, y hacer experimentación. Escribí *Los ángeles de hueso*, cuyo protagonista es un personaje alucinado, que habla de un hijo y, a partir de ahí, seguí trabajando.

C. P.—¿Cuál es su novela más querida?

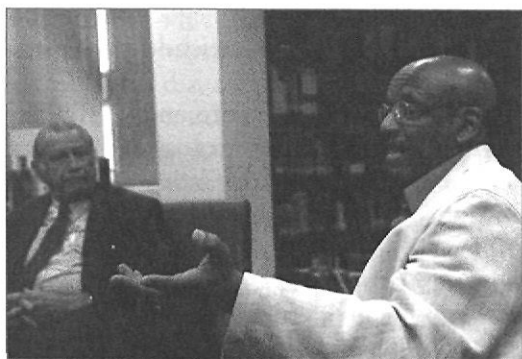
M. V. M.—Uno siempre cree que la última es la mejor. Me gusta mucho *Materia Prima*, que va a publicar la editorial Siruela, y también *La mosca soldado*, que acaba de salir en España.

C. P.—¿Por qué momento pasa la literatura dominicana?

M. V. M.—Me parece que marcha muy bien. Hay muchas publicaciones, muchas traducciones. Tenemos un cuentista, José Alcántara Almansa, que me parece magnífico. Los novelistas Andrés Mateo o Carlos Esteban Davis son excelentes y hay una literatura joven también creciente e importante. En República Dominicana siempre ha habido menos tradición de novela, pero últimamente, está creciendo porque también ha crecido la posibilidad de publicar. Hay varias editoriales dominicanas que publican novela y alguna extranjera afincada aquí también lo hace, aunque localmente.

C. D.—Y además, cosa inédita hasta hace poco, hay varios escritores dominicanos que están siendo publicados por editoras internacionales.

M. V. M.—Alfaguara edita aquí, pero sólo publica el libro en el país y, si la novela tiene una gran dimensión, lo distribuyen a todos los países de lengua castellana. Yo creo que eso no es bueno, porque parece que es como una prueba. Si un libro es bueno para su publicación, es bueno aquí y allá. Yo nunca acepté eso. Cuando pude publicar fuera, lo hice con Siruela, que es una editorial que no tiene



Carlos Dore: «Hubo un momento en que sí hubo una literatura latinoamericana, en la época del *boom*, un proyecto de Carlos Barral, que funcionó»

empresas locales. Pero las editoriales son un negocio y, además, los hispanoparlantes no tenemos la tradición de los anglosajones, que lo único que les interesa es la lengua en la que se escribe. Tiene escritores a los que promocionan a nivel internacional, isleños, hindúes, de cualquier sitio, porque ellos tienen la visión de la lengua más que del país de origen. Los hispanos tenemos una visión segmentaria, fronteriza. A mí me dijo una vez Carlos Fuentes que en Chile había entre siete y diez novelistas de gran fuerza, y que sabía que no todos saldrían de Chile. Eso pasa en cada uno de los países latinos. Los escritores escriben para su país y para su cultura, no escriben pensando en los españoles, pero eso no significa que su literatura sea local. Si es buena literatura, es universal. ¿Qué hay más local que Balzac, que se pasó la vida escribiendo sobre el mismo barrio? Es un pro-

blema de mentalidad y de negocio. Y yo creo que España no lo está haciendo muy bien.

C. D.—Hubo un momento en que sí hubo una literatura latinoamericana, en la época del *boom*, un proyecto de Carlos Barral, que funcionó y que demostró que había gente escribiendo bien, pero eso se acabó. Pero, además, nosotros somos una isla e, incluso, el *boom* no incluyó a ningún escritor dominicano. No se entiende, porque hay personas muy buenas. Cuando uno lee libros, aparentemente importantes, muy ponderados y ha leído a autores dominicanos, piensa que no hay diferencia y que si hay diferencia, a veces, es a favor del dominicano.

M. V. M.—Sin embargo, el escritor antillano en lengua francesa ha tenido siempre una gran oportunidad en Francia. Todos los antillanos que escriben buena literatura han sido publicados en las grandes editoriales francesas.

C. P.—¿Cómo ha sido recibido el libro de Vargas Llosa *La fiesta del Chivo*?

C. D.—Lo que produjo fue un gran debate, tanto sobre la era de Trujillo como sobre Vargas Llosa y su novela e, incluso, muchos dudaban si se trataba de una novela o de un libro de historia. En mi opinión, muy modesta porque no es mi especialidad, ese debate se produjo por el elemento técnico metodológico de la novela. Vargas Llosa insiste en que es una novela, pero utiliza los nombres verdaderos de los personajes y eso hace pensar que es historia. El capítulo que a mí más me gusta, que es la conversación entre Balaguer y Trujillo en la que Trujillo pregunta a Bala-

guer si es un ser humano, ¿es parte de la novela o de la historia? Y narra también una conversación a solas, entre Antonio de la Maza y Trujillo, en la que se hace referencia, no muy buena por cierto, de la novia de Amado García Gerrero. Eso hizo que muchas personas protestaran públicamente. Por otra parte, la novela se adentra en la actualidad y, en opinión de muchos, el protagonista no es Trujillo, sino Balaguer, y muchos consideran también que es una tesis pontificadora sobre todo en el tránsito del trujillismo al post trujillismo. Un autor norteamericano, que había escrito sobre esa época, acusó a Vargas Llosa de plagio y, en general, todas las personas que le sirvieron de fuente tienen alguna queja. A mí me parece que hay cosas muy bien logradas: esa conversación que mencionaba entre Balaguer y Trujillo, que retrata magníficamente a los dos personajes; toda la ambientación de lo que era Santo Domingo en ese momento...

M. V. M.—Vargas Llosa se pasó mucho tiempo recopilando información. Contó con una gran bibliografía, que devoró. Pero, en mi opinión, no es su mejor novela. No veo en ella la maestría de Vargas Llosa, como en *La ciudad y los perros* o *Conversación en la catedral*, o *La casa verde*. Y además, aquí en la isla, estas cosas se sabían, no aportó nada nuevo. Aportó más el *Galíndez* de Manuel Vázquez Montalbán.

C. D.—Pero es una novela muy trabajada. Él estuvo viniendo durante una década, le mandaron montañas de documentos, tuvo acceso a entrevistas con testigos privilegiados. Pero no ha logrado asombrar. En el libro *Crisis de la democracia de América Latina en Re-*

*publica Dominicana*, que escribió Bosch, la forma en que Balaguer se desenvuelve ante la familia de Trujillo es semejante a lo que narra Vargas Llosa. Por otra parte, una novela que se expone a que un ensayista acuse a su autor de plagio y a que historiadores dominicanos escriban artículos sobre las fallas históricas, es una novela que no ha caminado bien. Como dice Marcio, no es de las cosas mejores de Mario Vargas Llosa.

C. P.—En una isla tan pequeña, ¿cómo conviven dos comunidades tan distintas, con diferente lengua, con diferente nivel de desarrollo, con diferente religión.

C. D.—El problema haitiano es uno de los grandes temas del país, una de nuestras situaciones problemáticas, por no decir traumáticas. Signa toda nuestra historia, a partir de la división de la isla, y genera una relación muy conflictiva, mucho más conflictiva que la generalidad de las comunidades vecinas. Son dos naciones, que se conformaron en una pequeña isla, con una constitución cultural muy diferente, debido a lo que hablábamos cuando nos referíamos al Caribe, a que fuimos colonizados por dos potencias extranjeras diferentes, con dos lenguas distintas, y en Haití se generó una religión muy propia, el budú, mientras que República Dominicana es católica. Es distinta la percepción que tenemos sobre nuestras respectivas etnias. Pero, además, tenemos una historia común muy conflictiva. República Dominicana es el único país de América Latina que

adquirió su independencia, no de una potencia metropolitana, de España, sino de Haití. Y, hoy en día, somos un país más próspero, desde el punto de vista económico, social, político. Haití es el país más pobre de América Latina y compite con ser uno de los más pobres del mundo. De ahí que el fenómeno de la emigración de haitianos genere una permanente tensión porque en República Dominicana hay una ideología antihaitiana muy fuerte, que se originó alrededor de esos hechos históricos que mencioné. Aquí ha habido otras migraciones: la árabe, la cocola —negros del Caribe del este—, que en su inicio fueron problemáticas, pero que finalmente quedaron integradas. Pero esa historia común conflictiva, con matanzas en ambos lados, hace la integración haitiana muy difícil. Haití nos envía mano de obra muy barata, ilimitada, sumisa y poco cualificada, que no goza de ninguna protección. A mi modo de ver, podría resolverse si se regularizara la presencia de los haitianos. Pero es más rentable tener indocumentados. Con esto que digo corro el riesgo de ser acusado de antipatriótico y ese tipo de acusaciones también dificulta la búsqueda de una solución.

M. V. M.—Se maneja políticamente. Hay partidos que lo utilizan, como lo utilizó Trujillo, en su día. Cuando yo estude en la escuela secundaria, los haitianos eran negros, pero además eran seres atrasados y primitivos. Ésa era la idea. Y en la Universidad, algún profesor de Derecho nos decía que había que tirarlos al mar.